

BERNARD CORNWELL

LA CANCIÓN DE LA ESPADA

Sajones, vikingos y normandos

Traducción de Gregorio Cantera



Cornwell, Bernard

La canción de la espada: libro IV de El último reino / Bernard Cornwell. - 1a ed. - 1a reimp
Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Edhasa, 2022.
448 p.; 22,5 x 15 cm.

Traducción de: Gregorio Cantera.
ISBN 978-987-628-452-3

1. Novelas Históricas. 2. Narrativa Inglesa. I.
Cantera, Gregorio, trad. II. Título.
CDD 823

Título original: *Sword Song*

Diseño de cubierta: Eduardo Ruiz

Primera edición: noviembre de 2017

Segunda edición: junio de 2022

SWORD SONG © Bernard Cornwell, 2007

© de la traducción Gregorio Cantera, 2009

© de la presente edición Edhasa, 2022

The Last Kingdom TV series and photography © 2015 – 2020 Carnival Film & Television Limited.
All Rights Reserved.

Avda. Diagonal, 519-521
08029 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Avda. Córdoba 744, 2º piso C
C1054AAT Capital Federal
Tel. (11) 50 327 069
Argentina
E-mail: info@edhasa.com.ar

ISBN: 978-987-628-452-3

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Impreso por Oportunidades S.A.

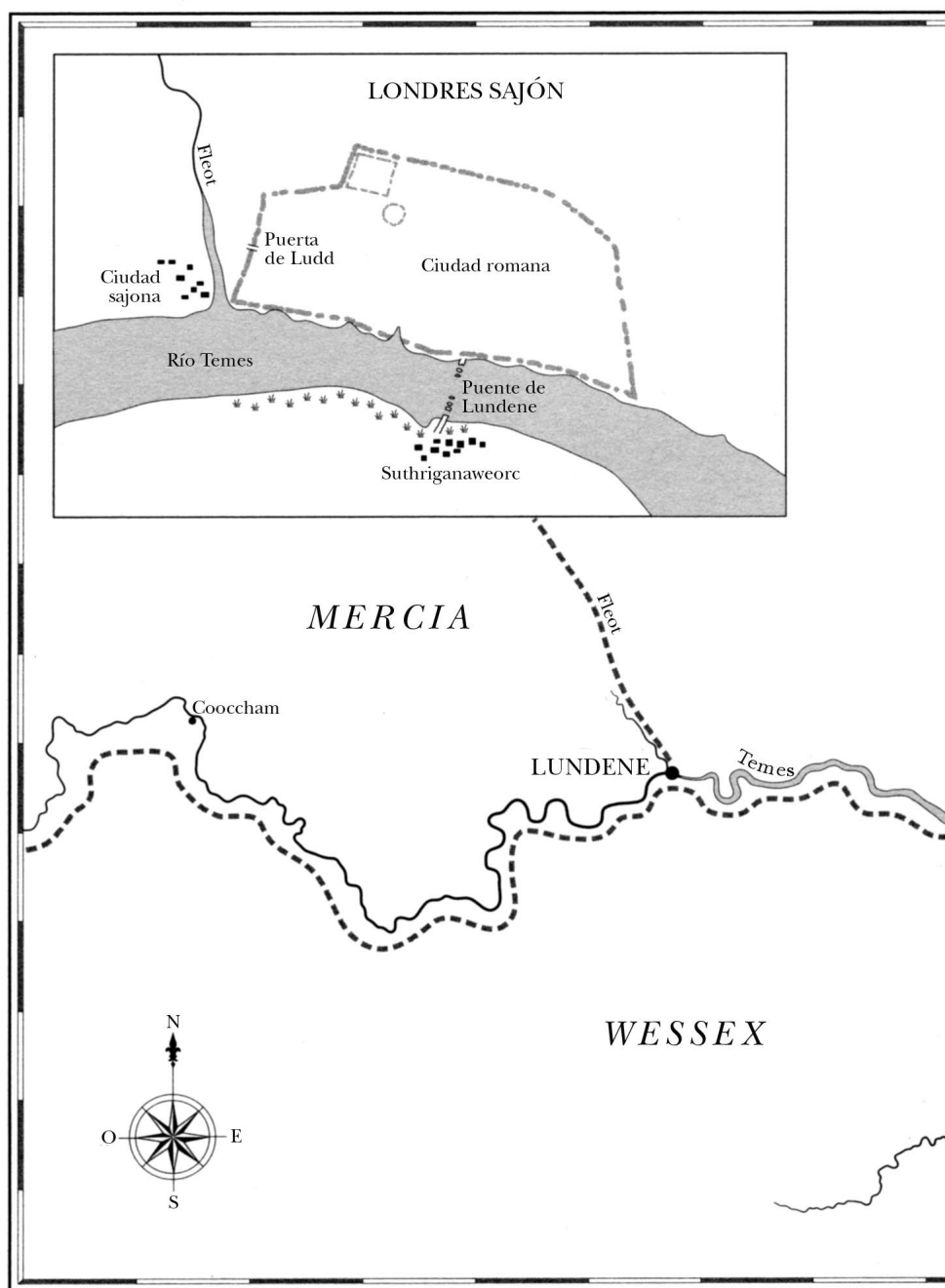
Impreso en Argentina

Esta edición de *La canción de la espada*, de Bernard Crowell se terminó de imprimir en Oportunidades S.A., en mayo de 2022.

La canción de la espada está dedicada a Aukje,
con toda intención. Érase una vez...

ÍNDICE

Mapa	11
Topónimos	13
Prólogo	17
 Primera parte	
LA DESPOSADA	33
 Segunda parte	
LA CIUDAD	147
 Tercera parte	
LA BATIDA	331
 Nota histórica	441





PRÓLOGO

Negrura. Invierno. Noche gélida, sin luna.

Navegábamos por el Temes, mientras contemplábamos las estrellas que se reflejaban en las trémulas aguas que quedaban más allá de la proa erguida del barco. El río bajaba de las montañas crecido por el deshielo. Rebosantes, las rieras se despeñaban desde las altas tierras calizas de Wessex. En verano, sólo eran cauces secos pero, en aquel momento, las torrenteras se precipitaban por las verdes colinas abajo, iban a parar al río y seguían su curso hasta el mar lejano.

Nuestro barco, sin nada que lo identificase, bordeaba la ribera de Wessex. Al norte de aquellas aguas caudalosas, se encontraba Mercia. Nos dirigíamos río arriba, camuflados tras las ramas desnudas y combadas de tres sauces que plantaban cara a la corriente, gracias a una de ellas, que llevábamos amarrada a la embarcación con una maroma de cuero.

Éramos treinta y ocho los tripulantes de aquel barco anodino, una nave mercante que faenaba en la parte alta del Temes. El timonel se llamaba Ralla y estaba de pie a mi lado, con una mano en el gobernalle. Apenas podía verlo en la oscuridad, pero sabía que llevaba un jubón de cuero y una espada colgada de la cintura. Los demás íbamos con chalecos de cuero y cotas de malla, nos cubríamos con cascos y llevábamos escudos, hachas, espadas o lanzas. Aquella noche nos disponíamos a matar.

Sihtric, mi criado, permanecía en cuclillas junto a mí, mientras restregaba una piedra de amolar a lo largo de la hoja de su puñal.

–Dice que me quiere –afirmó.

–¡Qué te va a decir! –repuse yo.

Calló un momento; cuando continuó, parecía más animado, como si mi respuesta le hubiese infundido valor.

–¡Pero si ya debo de tener diecinueve o veinte años, señor!

–¿No serán dieciocho? –le comenté.

–¡Podría estar casado desde hace cuatro años, amo!

Hablábamos casi en susurros, aunque era una noche ruidosa. El río bajaba encrespado, el viento agitaba las ramas desnudas de los árboles; un animal nocturno se lanzó al agua, una raposa aulló como alma en pena y, en alguna parte, una lechuza ululó. El barco crujía. La piedra de Sihtric rechinaba al frotarla contra el puñal. Un escudo golpeaba contra la bancada de uno de los remeros. A pesar de los ruidos nocturnos, no me atrevía a hablar más alto; la nave enemiga iba delante de nosotros y los hombres que habían desembarcado habrían dejado centinelas a bordo. Vigías, que podían habernos avistado cuando navegábamos río abajo por la orilla de Mercia, y que, para entonces, pensarían que ya estábamos muy lejos, camino de Lunden.

–Vamos a ver, ¿por qué quieres casarte con una puta? –le pregunté a Sihtric.

–Porque es... –empezó a decir el muchacho.

–Es vieja –rezongué–, puede que haya cumplido incluso los treinta. Y tiene la cabeza a pájaros. ¡En cuanto ve a un hombre, Ealhswith se abre de piernas! Si mandaras formar a todos los que se han trajinado a esa furcia, dispondrías de un ejército suficiente para conquistar Britania –me di cuen-

ta de que Ralla se reía con disimulo—. ¿También vos formáis parte de la cuadrilla, Ralla? —pregunté.

—Más de veinte veces, señor —repuso el timonel.

—Pero me quiere —insistió Sihtric, de mal talante.

—Lo que quiere es tu plata —repliqué—; además, ¿qué sentido tiene meter una espada nueva en una vaina correosa?

Es curioso: antes de una batalla, los hombres hablan de cualquier cosa menos de lo que se les viene encima. En una ocasión, estaba en un muro de escudos, observando la oscura amenaza de las resplandecientes espadas del enemigo, cuando oí cómo dos de mis hombres discutían acaloradamente sobre la taberna que mejor cerveza servía. El miedo flota en el aire como una nube, y hablamos de necedades, simulando que no hay nubarrones.

—Búscate una chica en sazón y joven —le aconsejé—. La hija de ese alfarero está en edad casadera. Debe de andar por los trece años.

—Es idiota —comentó Sihtric, de mal humor.

—¿Y tú cómo eres, si a eso vamos? —le pregunté—. ¡Te pongo plata en las manos y la dilapidas en el primer orificio que encuentras! La última vez que me fijé en ella llevaba el brazalete de plata que te di.

Arrugó la nariz, y no dijo nada. Era hijo de Kjartan *el Cruel*, un danés que había dejado preñada de Sihtric a una de sus esclavas sajonas. Era un buen muchacho, aunque bien mirado ya era un hombre. Un hombre que había participado en un muro de escudos, que había matado. Un hombre que se disponía a matar de nuevo aquella misma noche.

—Te encontraré una esposa adecuada —le prometí.

Fue entonces cuando oímos un grito. Un sonido lejano, casi imperceptible en la distancia, pero que rasgaba la oscuridad hablando de dolor y muerte hacia el sur. Voces y alaridos. Las mujeres chillaban, los hombres morían.

–¡Malditos sean! –exclamó Ralla, con un deje amargura.

–Son cosas que pasan –le espeté.

–Deberíamos... –empezó Ralla, pero prefirió guardar silencio.

Me imaginaba lo que iba a decir: que deberíamos habernos acercado al poblado y defenderlo, pero de sobra sabía cuál habría sido mi respuesta.

Le hubiera dicho que no sabíamos cuál era el sitio que los daneses pensaban atacar, y que, aun en el caso de haber estado al tanto, no habría acudido en su defensa. De haber estado seguros del lugar exacto, habríamos protegido la aldea. Hubiera desplegado a los hombres que venían conmigo por aquellos chamizos y, en el momento en que apareciesen los saqueadores, los míos habrían salido a la calle con espadas, hachas y lanzas, y habrían acabado con unos cuantos; pero, en la oscuridad, muchos más habrían huido y yo no quería que se me escapase ni uno. Quería liquidar a todos los daneses y hombres del norte, acabar con esos depredadores. Con todos, excepto uno, a quien enviaría al este para que divulgase por los campamentos vikingos asentados a orillas del Temes que Uhtred de Bebbanburg estaba dispuesto a plantarles cara.

–Pobres almas –musitó Ralla.

Hacia el sur, por entre la maraña de negras ramas, distinguí el resplandor rojizo de unas techumbres en llamas. El fulgor fue a más: se tornó tan intenso que iluminó el cielo invernal que se cernía sobre los árboles de un soto. El brillo se reflejaba en los cascos de mis hombres, bañando el metal de un lustre rojizo. Les ordené que se los quitasen para evitar que los vigías del enorme barco enemigo que llevábamos delante advirtiesen los destellos.

También me despojé del mío, rematado con un lobo de plata como cimera.

Mi nombre es Uhtred, señor de Bebbanburg y, en aquella época, era un señor de la guerra. Ése era yo, vestido con cota de malla y cuero, embozado en una capa y armado, joven y fuerte. La mitad de mi ejército iba a bordo del barco de Ralla; la otra mitad, a caballo, andaba por el oeste, a las órdenes de Finan.

Confiaba en que rondarían por aquellos parajes, esperándonos, velando en mitad de la noche. A nosotros, los del barco, nos había tocado en suerte lo más fácil, porque bastaba con que siguiésemos el curso del negro río hasta encontrarnos con el enemigo; Finan, en cambio, había tenido que guiar a sus hombres por tierra firme en una noche tan oscura. Pero yo confiaba en Finan. Allí estaría, nervioso, gesticulando, deseoso de empuñar la espada.

A lo largo de aquel interminable y húmedo invierno, no era la primera vez que intentábamos una emboscada en el Temes, pero sí la primera que pintaba bien. Ya en dos ocasiones me habían dicho que los vikingos habían conseguido sortear la brecha del puente desplomado de Lundene para saquear los feraces y apacibles villorrios de Wessex; en ambas ocasiones, recorrimos el río de arriba abajo y no encontramos nada. Pero esta vez habían caído en la trampa. Acaricié la empuñadura de *Hálito-de-serpiente*, mi espada, y toqué el martillo de Thor, el amuleto que llevaba colgado al cuello.

Ayúdame a matarlos a todos, le pedí a Thor, a todos menos a uno.

Debía de hacer mucho frío aquella larga noche. El hielo cubría los surcos que la crecida del río había dejado en los campos, pero no recuerdo notarlo. Sí que recuerdo, en cambio, el nerviosismo. Eché mano de nuevo de *Hálito-de-serpiente*, y me dio la sensación de que se estremecía. A veces me parecía que entonaba una canción, audible apenas pero pe-

netrante. La canción del doble filo de su hoja que pedía sangre, la canción de la espada.

Nos abalanzamos sobre ellos y, más tarde, cuando todo hubo terminado, Ralla me comentó que no había dejado de sonreír ni un instante.

* * *

Por un momento, pensé que nuestra treta había fracasado, porque los saqueadores no regresaron al barco hasta que el alba apuntó por el este. Imaginé que sus centinelas nos habrían avistado, pero no fue así. Las ramas del sauce llorón debieron de camuflarnos, o el naciente sol invernal los deslumbró; el caso es que no nos vieron.

Nosotros, sí que los vimos. Vimos a unos hombres vestidos de cuero que tiraban de un grupo numeroso de mujeres y niños a través de prados inundados. Calculé que habría unos cincuenta asaltantes y un número no menor de prisioneros. Las mujeres debían de ser las chicas más jóvenes del pueblo arrasado; se las llevaban para retozar con ellas. Los niños estaban destinados al mercado de esclavos de Lundene para, desde allí, cruzando el mar, enviarlos a Frankia o más lejos aún. Igual que venderían a las mujeres, una vez que hubieran gozado de ellas. No estábamos tan cerca como para oír los sollozos de los cautivos, pero me los imaginaba. Hacia el sur, allí donde se apreciaban unas pequeñas lomas verdes al cabo de la llanura por la que discurría el río, una enorme columna de humo se alzaba sobre el pueblo quemado, tiznando el diáfano cielo invernal.

Ralla hizo un movimiento.

—Aguardad —le susurré, y se quedó quieto. Era un hombre de pelo gris, tal vez diez años mayor que yo, con unos ojos que no eran ya sino un resquicio después de tantos años

de contemplar el sol refulgente en el mar. Era timonel, soldado y amigo—. Todavía no —dije en voz baja, mientras acariciaba otra vez a *Hálito-de-serpiente* y sentía la vibración del acero.

Confiados y contentos, los hombres iban dando voces. Hubo un griterío cuando metieron a empujones a los prisioneros en el barco. Les obligaron a agacharse en el frío pantoque para mantener la estabilidad de la embarcación, sobrecargada en esas aguas poco profundas por donde el Temes discurre entre riberas pedregosas, un tramo en el que sólo se aventuran los mejores y más arrojados marinos. Sólo entonces los guerreros subieron al barco. Llevaban con ellos el botín, espetones y calderos, arados, cuchillos y cualquier utensilio que pudiera ser vendido, fundido o utilizado. Sus risotadas eran estridentes, como corresponde a hombres que acababan de cometer una fechoría y esperaban enriquecerse a costa de sus prisioneros. Parecían alegres y despreocupados.

Mientras, *Hálito-de-serpiente* seguía cantando en la vaina con voz queda.

Escuché el estruendo del otro barco al introducir los remos en las escalameras. Y una voz de mando:

—¡En marcha!

La enhiesta proa del barco enemigo, coronada con la cabeza pintada de un monstruo, enfiló el río. Los hombres hacían fuerza con las palmas de los remos para sacar la nave de la orilla. La embarcación se puso en movimiento, arrastrada por la corriente de la avenida, hacia donde estábamos nosotros. Ralla me miró.

—¡Ahora! —grité—. ¡Cortad la maroma! —ordené, y Cerdic, que estaba a proa, cercenó la cuerda de cuero que nos ataba al sauce. Sólo disponíamos de doce remos, que se hundieron en el río a medida que saltaba entre las bancadas de

los remeros, sin dejar de chillar-: ¡Que no quede ni uno! ¡Hay que matar a todos!

—¡Con fuerza! —rezongó Ralla, y los doce hombres tiraron de los remos para hacer frente a la corriente del río.

—¡Vamos a liquidar a esos hijos de puta! —volví a gritar, al tiempo que, de un brinco, me subí a la reducida tarima de proa donde había dejado el escudo—. ¡Hay que matarlos! ¡Acabemos con ellos! —chillé mientras me ponía el casco, abrazaba el escudo con la mano izquierda, acomodaba la pesada madera y rescataba a *Hálito-de-serpiente* de su vaina revestida de lana; ya no canturreaba: aullaba—. ¡A muerte! —seguía gritando yo—. ¡A por ellos! ¡Vamos a matarlos! —mientras los remos se acompasaban con mis voces. Delante de nosotros, el barco enemigo se escoraba por el río, como si, aterrorizados, los remeros hubieran olvidado la cadencia. No dejaban de vociferar, iban en busca de los escudos, trepaban por los bancos donde algunos trataban de seguir remando. Las mujeres chillaban; los hombres se estorbaban.

—¡Adelante! —gritó Ralla.

Nuestra embarcación camuflada apareció en el río, en el instante en que la corriente arrastraba el barco enemigo hacia nosotros. Su monstruosa cabeza tenía la lengua pintada de rojo, los ojos en blanco y enseñaba unos dientes como dagas.

—¡Ahora! —le indiqué a Cerdic, que lanzó el rezón que, con cadena y todo, fue a incrustarse en la proa del otro barco, al tiempo que tiraba del amarre para hundir las puntas del ancla en la cuaderna de la nave enemiga y acercarla a la nuestra—. ¡A por ellos! —grité, al tiempo que daba un salto para abordarlos.

¡La alegría de la juventud! Tener veintiocho años, ser fuerte y, además, un señor de la guerra. Todo eso forma ya parte del pasado, y sólo queda el recuerdo. Y, aunque la memoria falle, aún reconozco aquel arrojo.

El primer golpe que asestó *Hálito-de-serpiente* fue un tajo. En cuanto llegué al altillo de proa del barco enemigo, se lo propiné a un hombre que trataba de retirar el rezón; tan rápido y con tanta fuerza le di en el cuello que casi le rebané la cabeza: se le fue hacia atrás y un chorro refulgió en la claridad invernal. Su sangre me dio en la cara: yo era la muerte que había llegado con la mañana, muerte salpicada de sangre, con malla, capa y casco con cimera de lobo.

Ahora ya soy viejo, muy viejo. Apenas veo, los músculos se me han debilitado, meo gota a gota, me duelen los huesos, me siento al sol, me quedo dormido y, aun así, me despierto cansado. Pero recuerdo aquellas peleas, las viejas escaramuzas. Mi última esposa, una mujer tan necia como beata, que siempre anda gimoteando, se espanta cuando cuento estas cosas. Pero, ¿qué nos queda a los viejos sino eso? Una vez se me quejó y me dijo que no quería saber nada de cabezas que se caían hacia atrás poniéndolo todo perdido de sangre. Pero, ¿cómo, si no, hemos de preparar a nuestros jóvenes para las guerras que tendrán que librar? Me he pasado la vida peleando. Era mi destino, el destino de todos nosotros. Alfredo ansiaba la paz, pero ésta le daba la espalda, mientras no dejaban de llegar daneses y hombres del norte, y no tenía otra que batallar. Y cuando Alfredo murió y su reino ya era poderoso, llegaron más daneses y más hombres del norte, aparecieron los britanos desde Gales y los escoceses bajaron desde el norte dando alaridos. ¿Qué otra cosa puede hacer un hombre sino luchar por lo que es suyo, por su familia, su casa y su terruño? Veo a mis hijos, a sus hijos y a los hijos de sus hijos, y sé que también ellos tendrán que luchar, y que, mientras haya una familia que lleve el nombre de Uhtred y un reino en esta isla barrida por el viento, no dejará de haber guerra. No podemos acobardarnos ante la guerra. No podemos cerrar los ojos ante la crueldad, la sangre,

el hedor, las bajezas o las alegrías que forman parte de ella, porque, nos guste o no, la guerra nos saldrá al encuentro. La guerra es el destino, y *wyrd bið ful āræd*: el destino lo es todo.

De modo que, si me solazo en estas cosas, es para que los hijos de mis hijos sepan el destino que les aguarda. Mi mujer lloriquea, pero le obligo a escucharlas. Le explico cómo nuestra nave embistió de costado al barco enemigo, y cómo, de resultas del impacto, la proa de la otra embarcación quedó apuntando a la orilla sur. Eso era lo que pretendía, y Ralla había maniobrado a la perfección para conseguirlo. Nuestro barco estaba pegado al casco del navío con el que nos enfrentábamos; los remos daneses saltaron por los aires, cuando mis hombres lo abordaron, blandiendo espadas y hachas. Me quedé pasmado después del primer tajo; el hombre muerto había caído desde el altillo de proa y dificultaba el paso a otros dos que trataban de llegar hasta mí. Lancé un grito de desafío, y bajé de un salto para enfrentarme con ellos. *Hálito-de-serpiente* era letal. Era, y aún lo es, una magnífica espada, forjada en las tierras del norte por un herrero sajón que conocía bien su oficio. Utilizó siete barras, cuatro de hierro y tres de acero, las calentó y las moldeó con un martillo hasta convertirlas en una larga espada de doble filo, con unos surcos como la nervadura de una hoja. A fuerza de calentarlas al rojo vivo, entrelazó las cuatro barras de hierro blando y aquellas cenefas enroscadas se fijaron en el metal como espectrales volutas que evocaban el aliento flamígero y encrespado de un dragón, de ahí que le pusiese el nombre de *Hálito-de-serpiente*.

Un hombre de barba erizada empuñó un hacha frente a mí, que paré con el escudo levantado, mientras le clavaba las nervaduras de dragón en la barriga. Hice un movimiento rápido con la mano derecha para que la carne magullada y las tripas no se adhirieran a la hoja, la arranqué de un tirón,

brotó un chorro de sangre y desplazé el escudo con el hacha clavada para protegerme y esquivar otra espada. Sihtric estaba a mi lado, y dirigía el puñal contra la entrepierna de mi nuevo adversario. El hombre chilló. Creo que yo también gritaba. Cada vez había más de los míos a bordo del barco; espadas y hachas centelleaban. Los niños lloraban, las mujeres gimoteaban, los saqueadores perdían la vida.

La proa del barco enemigo encalló en el lodo de la orilla, mientras la popa se mecía de un lado a otro a merced de la corriente. Al caer en la cuenta de que, si seguían a bordo, morirían, algunos de los asaltantes saltaron a tierra, lo que desencadenó el pánico. Cada vez eran más los que saltaban tratando de llegar a la orilla, cuando, por el oeste, apareció Finan. Una neblina evanescente cubría los prados cercanos al río, poco más que una madeja nacarada que se cernía sobre los charcos helados. Por allí aparecieron los briosos jinetes de Finan. Iban en dos filas, con las espadas alzadas como lanzas; Finan, el letal irlandés, sabía desempeñar su cometido; la primera hilera se situó a espaldas de los hombres que huían para cortarles la retirada; la segunda acosaba al enemigo que, al darse la media vuelta, se encontraba también de cara con la muerte.

—¡Acabad con ellos! —le grité—. ¡Que no quede ni uno!

Su respuesta me llegó con un ademán en forma de espada ensangrentada. Clapa, mi fornido danés, alanceaba a un contrario en la ribera del río. Rypere hincaba la espada en un hombre que se agachaba muerto de miedo. Sihtric tenía roja la mano con que sujetaba el puñal. Entre gritos incomprensibles, Cerdic agitaba un hacha, cuyo filo se hundió y atravesó el casco de un danés, rociando de sangre y sesos a los prisioneros aterrorizados. Creo recordar que yo acabé con otros dos, pero me falla la memoria y no estoy muy seguro. Sí recuerdo que empujé a un hombre hacia la cubierta;

cuando se volvió para plantarme cara, le clavé a *Hálito-de-serpiente* en la garganta, y contemplé su rostro desencajado, mientras sacaba la lengua entre la sangre que le manaba por sus dientes ennegrecidos. Cuando murió, bajé la espada y contemplé a los hombres de Finan: obligaban a los corceles a volver grupas para dirigirse contra el enemigo acorralado. Los jinetes daban tajos y cuchilladas a diestro y siniestro. Los vikingos gritaban y algunos hicieron ademán de rendirse. Un joven se agazapó junto a uno de los bancos de los remeros, arrojó el escudo y el hacha, y me suplicó con las manos levantadas.

–Recoge el hacha –le dije en danés.

–Pero, señor... –trató de decir.

–¡Hazlo! –le interrumpí–. ¡Y vela por mí cuando te encuentres en el salón de los muertos! –esperé hasta que se hizo con el arma, y permití que *Hálito-de-serpiente* recuperase su vitalidad. Así lo hizo, al instante y de forma compasiva, porque le rebanó la garganta de un solo y rápido tajo. Le miré a los ojos mientras expiraba, contemplé cómo se le escapaba el alma, pasé por encima de su cuerpo que se contraía, escurriéndose de la bancada de los remos hasta desplomarse, cubierto de sangre, en el regazo de una mujer joven que empezó a chillar como una histérica.

–¡Calla la boca! –le dije.

Miré con mal gesto a las mujeres y niños que gritaban o lloraban, acurrucados en el pantoque. Tomé a *Hálito-de-serpiente* con la mano con que sostenía el escudo, le arrebaté la cota de malla al moribundo y volví a dejarlo contra el banco.

Uno de los niños no lloraba. Era un chaval, de nueve o diez años, que no dejaba de mirarme, boquiabierto, y recordé cómo era yo a esa edad. ¿Qué estaba viendo aquel chico? Veía a un hombre enfundado en metal, porque había

peleado con las baberas del casco abatidas. Se ve menos con esas planchas metálicas sobre las mejillas, pero confieren un aspecto mucho más terrorífico. El niño miraba a aquel hombre alto, con cota de malla, la espada ensangrentada, el rostro cubierto de metal, al acecho en una nave que traía la muerte. Me quité el casco y me sacudí el pelo al aire; luego, le acerqué el lobo metálico que lo coronaba.

—¡Cuídamelo, chico! —dije, al tiempo que dejaba a *Hábito-de-serpiente* en manos de la mujer que tanto chillaba—. ¡Lava la hoja en el río —le ordené— y sécala con la capa de alguno de los muertos!

Le entregué el escudo a Sihtric, estiré los brazos cuanto pude y alcé la cara al sol de la mañana.

Cincuenta y cuatro habían sido los saqueadores; aún quedaban dieciséis con vida. Eran nuestros prisioneros. Ninguno había logrado escabullirse de los hombres de Finan. Empuñé *Aguijón-de-avispa*, mi espada corta, más efectiva en la lucha de un muro de escudos, cuando los rivales se hallan tan cerca como las parejas de enamorados.

—Si alguna de vosotras —dije mirando a las mujeres— quiere matar al hombre que la haya forzado, ¡ahora tiene ocasión de hacerlo!

Dos mujeres clamaban venganza, así que puse en sus manos a *Aguijón-de-avispa*. Ambas descuartizaron a sus agresores. Una la hundió repetidas veces; la otra cortó; los dos tardaron en morir. Uno de los catorce hombres que quedaban no llevaba malla. Era el timonel del barco enemigo. Un hombre de pelo canoso, barba corta y ojos castaños, que me miraba con odio.

—¿De dónde habéis zarpado? —le pregunté.

En un primer momento, pensé que no iba a responderme, pero recapacitó y dijo:

—De Beamfleot.

—¿Y Lundene? —continué—. ¿Sigue la vieja ciudad en manos de los daneses?

—Sí.

—Sí, mi señor —le corregí.

—Sí, mi señor —repetió.

—En ese caso —le ordené—, irás a Lundene y, desde allí, a Beamfleot o a cualquier otro sitio, y les dirás a los hombres del norte que Uhtred de Bebbanburg es el señor del río Temes. Y les advertirás de que serán recibidos como les corresponde cuando lo deseen.

Aquel hombre conservó la vida. Le corté la mano derecha antes de dejarlo marchar para que nunca más pudiera blandir una espada. Encendí una hoguera y metí el muñón sanguinolento en las ascuas para cauterizar la herida. Se portó como un valiente. Pareció acobardarse en un primer momento, pero no se quejó al ver cómo le hervía la sangre mientras crepitaba la carne. Le envolví el brazo amputado en un trozo de tela que arranqué del jubón de uno de los muertos.

—Ahora, vete —le dije, señalando hacia donde fluía el río—, vete —y echó a andar hacia el este: si todo iba bien, sobreviviría al viaje y hablaría a todo el mundo de mi crueldad.

Matamos a todos los demás.

—¿Por qué los mataste? —me preguntó una vez mi nueva esposa, con una voz que revelaba el disgusto que le producía una descripción tan minuciosa de los hechos.

—Para que aprendiesen lo que es tener miedo, faltaría más —repuse.

—Los muertos no tienen miedo —replicó.

—Un barco zarpó de Beamfleot —le expliqué, armándome de paciencia— y nunca regresó. Otros hombres que pretendían saquear Wessex se enteraron de la suerte que había corrido aquella embarcación, y decidieron ir en busca de

pelea a otro sitio. Maté a la tripulación de la nave para no tener que matar a cientos de daneses.

–Nuestro Señor Jesús te hubiera pedido que te mostraras compasivo –me respondió, con unos ojos abiertos como platos.

Es tonta.

Finan acompañó a los habitantes de la localidad de vuelta a sus hogares arrasados, donde cavaron tumbas para sus muertos, mientras los míos colgaban los cadáveres de nuestros enemigos de unos árboles cercanos al río. Desgarramos las ropas que llevaban puestas y, con ellas, hicimos cuerdas. Les quitamos las cotas de malla, las armas y los brazaletes. Les cortamos sus largos cabellos, porque quería calafatear los tablones de mis naves con el pelo de los enemigos muertos; luego, los colgamos, y sus pálidos cuerpos desnudos se mecieron al aire mientras los cuervos se daban un festín con sus ojos apagados.

Cincuenta y tres cuerpos pendían a la orilla del río. Una advertencia para quienes pretendieran imitarlos. Cincuenta y tres señales de que otros saqueadores podían encontrar la muerte si se aventuraban Temes arriba.

Después, regresamos a casa, llevándonos el barco de nuestros enemigos.

Mientras, *Hálito-de-serpiente* se adormeció en la vaina.